

Mexicanos: las de salvamento...
«No hemos venido al país para tomar parte en sus divisiones: hemos venido para hacerlas cesar.»

«Desde hoy queda declarada la guerra entre el gobierno de Juárez y nosotros, pero no confundamos al pueblo mexicano con una minoría opresiva... No tenemos más fin que el de inspirar á la parte honrada y pacífica del país, es decir, á las nueve décimas partes de la población, el valor de dar á conocer sus intenciones...»

CAPITULO IV.

«A presérense á venir hacia nosotros todos aquellos hombres que han estado divididos largo tiempo por...»

Principio de las hostilidades.—Desastre de Puebla.

Ocupacion de Orizava.

«April 16 de 1862.»
«De Saltillo.»
«... como una bandera unida: que los franceses no retrocederán...»

Habia terminado el papel de la diplomacia. Los españoles é ingleses se habian embarcado. La suerte del gobierno mexicano iba á decidirse por las armas.

Sin embargo, antes de entablar las hostilidades, dirigieron los plenipotenciarios franceses al gobierno y al pueblo mexicano la proclama de que hacemos el siguiente extracto:

la, que el general...
«ninguna duda queda existiendo en adelante sobre el principio de esta intervención...»
«... las relaciones...»
«... la segunda en beneficio de un principio de...»
«... estos hechos que hemos expuesto...»
«... la España...»
«... atención...»
«... En cuanto á la Inglaterra...»
«... menos el pago de sus deudas...»
«... parte en él...»
«... pública ó monopólica...»
«... con tal de que se pagaran...»
«... Con esta sola condición...»
«... venion de Londres...»
«... España...»
«... I. a conferencia del 9 de April...»
«... de la cabeza...»
«... y desde entonces...»
«... en presencia de la...»

«Mexicanos:

«No hemos venido al país para tomar parte en sus divisiones: hemos venido para hacerlas cesar.

«Desde hoy queda declarada la guerra entre el gobierno de Juarez y nosotros, pero no confundimos al pueblo mexicano con una minoría opresiva. . . . No tenemos mas fin que el de inspirar á la parte honrada y pacífica del país, es decir, á las nueve décimas partes de la población, el valor de dar á conocer sus intenciones

«Apresúrense á venir hácia nosotros todos aquellos hombres que han estado divididos largo tiempo por querellas que ya no tienen objeto. *La bandera de la Francia ha sido plantada sobre el suelo mexicano, y NO RETROCEDERA JAMAS: que los hombres prudentes la acojan como una bandera amiga: QUE LOS INSENSATOS SE ATREVAN A COMBATIRLA!* (1)

«Abril 16 de 1862.

«DE SALIGNY.

«JURIEN.»

Desde el 9 de Abril, ya no podia dudar Juarez de las resoluciones hostiles tomadas por los plenipotenciarios franceses.

(1)

*Caló el chapeo, requirió la espada...
Miró al sostayo, ... FUESE y no hubo nada!*

(N. del T.)

El 12 decretaba medidas de salud pública.

«Todos los mexicanos, desde 21 á 60 años pueden ser requeridos para el servicio de la patria y para rechazar al extranjero.

«Los gobiernos de los Estados quedan autorizados para levantar guerrillas; mas con la precisa condicion de que las que se encontraren á diez leguas de la línea enemiga, serán condenadas y castigadas como bandas de ladrones.

«Todo el que prestare auxilios al enemigo, será ejecutado como traidor.»

La proclama del 16 encontró al gobierno de la República preparado para hacer la guerra y defender la independencia de la patria.

Almonte siguió á los franceses con otra proclama que apareció el 17. Ese documento era bastante insignificante: el general invitaba á los mexicanos á tener confianza en él, en el ejército francés y en el emperador Napoleon, siempre «para constituer un gobierno estable y honrado»

Aunque protestaba su desinterés, esto no impidió que se dejara proclamar por sus amigos jefe supremo de la nación mexicana, bajo el pretexto de que la población de Córdoba y los demás puntos ocupados por los franceses, se habian *pronunciado* en su favor, y le habian conferido ese título.

Desde aquel momento, Almonte nombró sus empleados, expedía decretos, y tenia ministros! . . . Los

representantes franceses reconocian, por supuesto, al Gefe supremo de la nacion mexicana!!

Las Convenciones de Londres y de la Soledad estaban desgarradas. Almonte no perdía el tiempo para inutilizar hasta el último pedazo.

La Francia no debía tardar mucho en conocer cuán grande era esta falta: ya veremos adelante cómo y en qué términos quiso repararla el mariscal Forey.

M. de Saligny pretendía que Juárez no tardaría ni quince dias en salir de México. Era necesario, decia, marchar pronto á la capital.

Por lo demas, ¿no habia escrito al general Serrano que el gobierno de México no podría oponer mas de 4000 guardias nacionales á los aliados, cuando el capitán general de Cuba afirmaba por su parte, que «era imposible aventurarse á dar un paso hácia el interior del pais sin tener 25,000 hombres?» El ministro de Francia seguia repitiendo muy alto, por el contrario, que con un solo batallon atravesaria la República de un extremo al otro. (1)

Y ademas, ¿no debian levantarse todos los pueblos á la aproximacion de los franceses?

El 26 de Marzo habia tomado el general Lorencez el mando en gefe del cuerpo expedicionario, y dirigiendo una proclama á sus soldados para comunicarles esta resolucion del Emperador:

(1) Esta gasconada recuerda la respuesta de un americano á otra igual que se le echó, respecto de su pais: «Si, respondió secamente, pero que no cometan ningun desorden, porque los ponen en la cárcel.—N. del T.

Después de la conferencia del 9 de Abril, cuando se habia perdido ya toda esperanza de acuerdo entre los plenipotenciarios, el general en gefe habia salido de Tehuacan y se habia situado en Córdoba con todas sus fuerzas.

Repentinamente, una orden general anunció á estas tropas, el 19, que la vida de sus 400 camaradas, que se encontraban en los hospitales de Orizava, estaba amenazada. Una carta que el general en gefe habia recibido del general Zaragoza, se lo hacia temer todo.

«Adelante, pues, al socorro de nuestros camaradas!» exclama el general Lorencez,

Y en la misma mañana quedó rendida la primera jornada de la expedicion de México!

En vez de retroceder mas acá del Chiquihuite, como lo ordenaba la Convencion de la Soledad, se avanzaba de Córdoba sobre Orizava.

Es muy sensible que no se operara el movimiento de retirada antes, y aun después de la llegada de la carta del general Zaragoza.

Esta violacion de los tratados no admite disculpa. Si los mexicanos hubiesen querido, en efecto, asesinar á los franceses enfermos, nadie se los impedia mientras que las tropas avanzaban de Córdoba á Orizava; y esta marcha, por lo mismo que era una violacion de los tratados, podia, por el contrario, engendrar el mismo peligro de que el general Lorencez finjiera libertar á sus soldados. Pero ya no se tenia con-

sideracion ninguna de la palabra empeñada, ni de los compromisos contraidos!

La ciudad de Orizava fué ocupada el dia siguiente. No tardó en saber el general Lorencez que se le preparaba resistencia en las Cumbres y en Puebla, pero confiando en el valor de sus oficiales y soldados, y advertido por M. de Saligny de que esas resistencias no serian mas que de algunos bandidos, salió de Orizava el 27, para ir á dormir con sus tropas á Tecamalucan, al pié de las Cumbres.

A la vista de aquellas posiciones formidables, los soldados franceses, á pesar de su valor y de la confianza en sí mismos, debieron decirse que su pequeño número triunfaria dificilmente de un enemigo, por débil que fuese, que se decidiera á combatir con resolucion en defensa de aquellos largos y profundos surcos trazados en los flancos de la montaña para llegar á su cima.

Pero los soldados mexicanos no saben combatir en campo raso: necesitan abrigos seguros para defenderse, como todos los soldados poco aguerridos. Además, ahora tenian que habérselas con tropas sólidas, cuyo recuerdo en las guerras del primer imperio y en las campañas de Crimea y de Italia, les daban un prestigio que duplicaba sus fuerzas. Con este motivo el paso de las Cumbres fué franqueado con facilidad el 18, á pesar de los 6000 hombres y las 18 piezas de artilleria que lo defendia; y el pequeño ejército francés llegó hasta Amozoc, pueblo distante cuatro leguas de la ciudad de Puebla, orgulloso con sus triunfos.

El ataque de Puebla deberia verificarse el dia siguiente.

Nadie dudaba de la victoria, y se emprendió la marcha sobre ella alegremente, bien convencidos de que no se encontraria ningun obstáculo serio.

En fin, aparecieron las altas torres de la catedral de Puebla.

Las tropas se detuvieron un momento en las alturas de Amalucam.

El aspecto de aquella gran ciudad era soberbio!

A su derecha aparecia el fuerte de Guadalupe, y el blanco campanario de la pequeña iglesia dedicada al culto de la Virgen de los indios, se destacaba coqueto en el horizonte.

A su costado se percibia el pequeño fuerte del Loreto.

Ambos dominan la ciudad de Puebla, por su altura.

Los colores mexicanos, que pueden equivocarse desde lejos con los colores franceses, flotaban sobre los edificios públicos de la ciudad y sobre los fuertes.

Sobre estos deberian dirigirse los primeros ataques, á fin de convertir el 5 de Mayo en una fecha gloriosa para las armas francesas.

Vencidas las Cumbres, ¿quién podia dudar un solo instante de la victoria, ante aquellas miserables obras de fortificacion?

El 99 de línea quedó custodiando el convoy, que se componia de 240 carruages pesados, y los zuavos, los

cazadores de á pié, los soldados de infantería de marina, y los fusileros marinos, avanzaron con la artillería.

Se dió la señal del ataque. Los franceses marcharon resueltamente al asalto: se trabó la pelea, y de una y otra parte se hicieron heroicos prodigios de valor.

Una tempestad espantosa puso fin á aquellas escenas sangrientas, y decidió la retirada de los asaltantes. (1)

En la noche, el general en jefe acampaba con el ejército expedicionario en la hacienda de los Alamos, casi á tiro de cañon de Guadalupe.

Las pérdidas habian sido sensibles!

Los gritos de la fiesta, los cánticos del triunfo de los vencedores, llegaban hasta el campo francés.

Los soldados franceses silenciosos, pero deseando vengarse, esperaban una salida de la plaza; pero Zaragoza se guardó muy bien de desperdiciar su triunfo, yendo en busca de una derrota cierta, y permaneció detras de las murallas de la ciudad victoriosa, esperando un ataque que no debia renovarse. (2)

(1) Y es fama que, desde entonces, los franceses y sus partidarios, cuando quieren hablar de este hecho de armas eternamente glorioso para México, se proveen anticipadamente de fuego para neutralizar la acción de las tempestades espantosas; y pasan como sobre brasas al referir su mas completa derrota, como sucede ahora al autor de la presente obra.—N. del T.

(2) Esto prueba evidentemente, por mas que lo nieguen los franceses, que aun despues del triunfo de los mexicanos, todavia eran muy inferiores en número, respecto de aquellos.—N. del T.

Muy doloroso debió ser para el general Lorencez permanecer tres largos y mortales dias á la vista del campo de batalla que habia sido regado con sangre francesa, inmóvil, sin tratar de vengar la muerte de los bravos que habian perecido, victimas por decirlo así, de las ilusiones que habian alimentado todos, desde el jefe hasta el último soldado!—Si este general no desplegó un talento militar notable, dió pruebas, al menos, de que poseia una grande alma y un noble corazon, y todos los que sirvieron bajo sus órdenes le dieron repetidas pruebas de la rara estimación que le profesaban.

Batido en Guadalupe, se encontró frente á frente con la realidad, y esta realidad era cruel!

Segun le habian dicho, la expedición venia pedida por las poblaciones, que no esperaban mas que su llegada para sublevarse.

Esta era su convicción al pisar el suelo mexicano, como esta era tambien, en Francia, la convicción del emperador Napoleon.

Ni podia ser de otra manera, para que se atreviese á lanzarse á la ventura, lejos de su base de operaciones, con el débil contingente que poseia.

Lejos de encontrar esas simpatías, esas aclamaciones prometidas, encontró en todas partes resistencia.

Así habia pasado por el Fortin, y por las Cumbres, y habia sido detenido en Puebla.

En qué se habian convertido las ofertas de M. de

Saligny, y de los protegidos de la Francia, Almonte, Hidalgo, Miranda, Labastida y otros?

Todos estos pensamientos debieron atravesar por el espíritu del comandante en jefe.

¿Atacar otra vez á Puebla!—¿Con que fin?

Tal era la cuestión que debió proponerse á sí mismo.

¿Arriesgar las probabilidades de un nuevo descabro, que podía debilitarlo hasta el punto de no poder luego operar una retirada con condiciones favorables: exponerse así á una derrota?

Aun admitiendo que lograra tomar la ciudad, ¿qué podía hacer en seguida?—¿Podía marchar sobre México?—Esto no era admisible.

No lo hubiera conseguido, y aun en el remoto caso de conseguirlo, sería extinguido por pérdidas sucesivas, sin medios de repararlas.

¿Podía de este modo derribar el gobierno de Juárez?

¿Podía ir así á pedir la ejecución de su ultimatum?

El buen sentido ordenaba al general volver sobre sus pasos, fortificarse en un punto, dar cuenta exacta de la situación al Emperador, y esperar.

En Orizava estaban las fuerzas libres del vómito, bastante cerca de Veracruz para reponer sus víveres, y podían permanecer al abrigo de los ataques de un enemigo, que evitaria sin duda el aventurar un combate, puesto que no se atrevía á ensayarlo, aprove-

chándose de su victoria.—Todo hablaba en favor de Orizava.

El general dió la orden de retirada, (1) y el 9 volvian á pasar las tropas el pueblo de Amozoc, de donde salieron el 5 en la mañana para ir á la victoria!....

Esta resolución del general Lorencez le hace tanto mas honor, cuanto que le era muy cruel tomarla.

Durante aquella marcha lenta y difícil, por la necesidad de arrastrar y proteger un largo y pesado convoy, apareció algunas veces la caballería de Carbajal inquietando la retirada; pero la actitud enérgica de los soldados franceses hacia retroceder al general mexicano, y lo mantenía siempre á una respetable distancia.

El general Marquez procuraba unirse con las tropas francesas, y venia á poner su caballería á la disposición del general francés. (2)

Cerca de Aculzingo, en un punto llamado Barranca Seca, fué cortado por el ejército de Zaragoza, que desembocaba de las Cumbres.

(1) Al fin!.... ¡Cuántos renglones para largar esta dura palabra, y cuán pocos para hablar de la batalla del 5 de Mayo!.... Con razón, si en una y otra cosa resulta el orgullo abatido.—N. del T.

(2) Desde el 5 de Mayo solicitaba ya Marquez el medio de unirse á los franceses, y buscando esa union, sin duda, se acercó á Puebla. Por esta razón el general Zaragoza, á pesar de contar con tropas inferiores en número á las francesas, dejó al general Tapia en la ciudad con una sección, observando á Marquez, y presentó la batalla con el resto al general Lorencez; y se comprende que también fué esta una de las razones que tuvo para no seguir luego al ejército francés en su derrota.—N. del T.

Se trabó el combate, y Marquez hubiera sucumbido al número infaliblemente, si no hubiese recibido el socorro que le envió el general francés.

El comandante Lefèvre llegó con un batallón del 99 de línea.

Estas tropas no habían tomado parte en el asalto de Guadalupe, por habérseles confiado el cuidado del convoy, así es que, orgullosas ahora con la idea de poder vengar á sus camaradas, se precipitaron, á la bayoneta, sobre el enemigo, que quedó derrotado en pocos instantes, dejando prisioneros ochocientos infantes y cuatrocientos caballos.

Este suceso feliz dulcificó un instante la amarga pena que causaba en los corazones de los oficiales y los soldados, aquella dolorosa retirada.

El 19 de Mayo se instalaba definitivamente en Orizava el ejército francés, en espera de nuevas ordenes.

El 21 dirija el general Lorencez una proclama á sus tropas, felicitándolas por su valor y por el éxito venturoso de Barranca Seca. En cada línea de esa proclama se nota una sombra de tristeza, en medio de aquel valor sereno que su alma había conservado siempre, aun en los momentos más críticos.

Uno solo de sus párrafos basta para ver euan profunda era la herida que le había causado el desastre de Puebla.

«Vuestra marcha sobre México ha sido detenida por obstáculos materiales que no deberiais esperar segun las noticias que se os habían comunicado: cien

veces se nos había dicho que la ciudad de Puebla nos llamaba con la mejor voluntad, y que la poblacion se precipitaria á vuestro encuentro para cubriros de flores.

«En la confianza que inspiraban esas mentidas noticias, nos presentamos delante de Puebla, cuya ciudad encontramos erizada de barricadas y dominada por una fortaleza donde se habían acumulado mil medios de defensa.

LORENCEZ.

Fácilmente se adivina que Mr. de Saligny y Almonte, que se hallaban tambien en Orizava, estaban en una posicion muy difícil, en presencia del general en jefe del cuerpo expedicionario.

Como si se hubiera tenido un presentimiento fatal, se habían enviado socorros de Europa al general Lorencez.

El general Douai, que gozaba de una alta reputacion militar y poseia una grande energia, había salido para auxiliar al general en jefe, y para sucederle en caso de necesidad por algun accidente.

Desembarcó en Veraacruz el 16 de Mayo, supo allí la noticia del desastre de Puebla, y llegó á Orizava el 10 de Junio siguiente.

Pocos dias despues debia prestar grandes servicios al general en jefe.

Sin duda con la idea de que los mexicanos habían

que dudo si se los de toda tentativa de agresión con la
de rota de Barranca y Sección, había queido inútil blingel-
siera. Entonces ocupó el cerro del Borrego, que do-
mina á Orizava, y desde cuya altura una artillería
enemiga haría insostenible la posición de sus tropas
en la ciudad. El general Detric se dio cuenta de esto y quiso aprove-
charse de ella. En consecuencia se abría para un por un

Mientras que hacia operar á González Ortega una
marcha penosa con 2,000 hombres sobre las crestas
de las montañas para llegar al cerro del Borrego,
avanzaba él mismo, sin ocultar su marcha, por el ca-
mino de Puebla á Orizava, con la visible idea de ata-
car al enemigo por la garita de Puebla.

El golpe era habil. Si se le hubiera logrado, ha-
bria concluido la mayor parte del cuerpo expedicio-
nario.

Dios protegió las aguilas francesas.

En la noche del 13 al 14 de Junio, fué avisado el
coronel L. Heriller, del 99 de línea, de que habían
aparecido tropas mexicanas en el cerro.

Al momento dio orden al capitán Detric, de ir á
reconocer el punto.

Para llegar allí, era preciso pasar por veredas mac-
lesibles, espantosas, pero los bravos soldados del 99
vencieron todos los obstáculos.

Al llegar á la cumbre del cerro, se encontró el ca-
pitán Detric frente á frente con todo el ejército de
González Ortega.

Mientras se disponía al combate, pidió auxilio á su
leamarada el capitán Leclerc, y luego se lo agabeza de
su compañía se precipitó sobre el enemigo que, sor-
prendido y creyendo habérselas con fuerzas considé-
rables, se puso en fuga, abandonando multitud de
buenos y prisioneros y una parte de sus artillería de
guerra. (1)

Este fué el último ataque. Desde entonces se re-
tira. La situación del Borrego fué quizá la mejor que se
citaron los franceses en el país, pero hay exajeracion en
decir que el capitán Detric se encontró allí frente á frente
con todo el ejército del general González Ortega. Dejan-
do á los hombres de la ciencia y á los que concurren á
ese hecho de armas, la tarea de relatar todas sus perípe-
cias, daré aquí una aplicación de lo que se refiere á la tácti-
ca de Orizava en la falda del mismo cerro.

Este se extiende de Norte á Sur, concluyendo por este
extremo en un cerro casi coronado por una garita de
Puebla. El general González Ortega, después de una
fatigosa marcha, llegó en la noche al extremo norte del cer-
ro, e hizo avanzar sus tropas en columnas escalonadas ha-
cia el sur, llegando así la de vanguardia ó gran guardia, ca-
si hasta el extremo sur. Al saber los franceses la existen-
cia allí de las tropas mexicanas, por unas mujeres de nues-
tros soldados que bajaron á recoger agua á la fuente de una
alameda, tuvo lugar la ascension difícilísima del capitán
Detric con su compañía, quien encontró nuestra primera
columna ó gran guardia dormida. Pidió el auxilio al ca-
pitán Leclerc, y atacó la gran guardia, la cual, al ir des-
parada de pavorida, se bató hasta morir gales, oficiales y sol-
dados casi todos, no solamente atacados por unos soldados
franceses, que ya eran dos compañías con la de Leclerc,
sino por sus mismos compañeros de la segunda columna,
que disparaban también sus armas sobre ellos, y en co-
equívocamente, que todos los disparos que salían del ex-
tremo sur del cerro, eran del ejército francés que estaba
allí, como si se le permitiera como si se le permitiera
Esta equivocación se generalizó, desgraciadamente, en
todas las columnas, en medio de la sorpresa y la confusión

El día siguiente rechazaba el general Douai un ataque del general Zaragoza en la garita de Puebla, y el general republicano se retiró en la noche del 14 al 15 de Mayo.

Volvió á Puebla, y poco despues, el 8 de Setiembre de 1862, murió en la flor de su edad, víctima del tifus.

Este fué el último ataque. Desde entonces los mexicanos no se ocuparon mas que de fortificar á Puebla, mientras que el general Lorencez esperaba las órdenes que debian llegarle de Francia.

La falta que cometió dejando de ocupar el cerro del Borrego, fué explotada por sus enemigos.

M. de Saligny ha procurado probar despues, en una larga memoria escrita en México, apoyada en testimonios, que acompañó, de muchos habitantes de Puebla, que hubiera bastado al ejército francés entrar

del momento, y arrebatadas por el valor de la desesperacion, se batieron y se destruyeron unas con otras, de tal manera que, cuando sus gefes lograron hacerse oír y obedecer, ya estaban derrotadas por sí mismas, y fué necesario ordenar la retirada.

Esta es la explicacion que he tenido del hecho, en el mismo Orizava, y en virtud de ella, repito que hubo gran mérito en la ascension del capitan Détrie al cerro del Borrego, trepando materialmente sobre peñascos y derrumbaderos casi inaccesibles; pero que hay exageracion en el relato que acabo de traducir y en otros muchos mas ó menos apasionados que he oído y leído sobre el particular. Los que concurren á ese encuentro sabrán apreciar debidamente, tanto esta y las demás versiones que corren sobre él, como la que me he permitido dar yo mismo, sin mas idea que la de promover el esclarecimiento de la verdad.—(N. del T.)

en esta ciudad, pasando fuera del alcance de los tiros de los fuertes de Guadalupe y el Loreto, para hacerse dueño de ella y recibir las ovaciones prometidas. . . . No sabemos á quien dirigia esa memoria, ni si la remitió á alguno. Sin duda se decidió á guardar para sí ese trabajo, y ciertamente ha hecho bien.

La noticia del desastre de Puebla vino á sorprender al Emperador y á sus ministros, precisamente cuando consideraban al general Lorencez en México.

Ya se recordará la fuerte impresion que produjo.

M. Billault buscó en su elocuencia los acentos mas patrióticos para demostrar que la Francia no podia permanecer bajo el golpe de ese desastre, y que era preciso vengarle.

A solicitud del ministro, votó el Cuerpo legislativo el envío de treinta mil hombres á las órdenes del mariscal Forey.

La campaña se habia comenzado en Enero con dos mil hombres, y al fin del año tenia la Francia cerca de cuarenta mil hombres en México! (1)

(1) ¿Cómo es que habiendo dos mil hombres y viniendo luego treinta mil, hubiera cerca de cuarenta mil hombres en México? La aritmética se rebela contra estos asertos, buenos, cuando mucho, para ocultar el número de los soldados franceses que fueron derrotados en Puebla el memorable 5 de Mayo. Solamente Lorencez trajo tres mil hombres, segun confiesa antes el autor. Y los del almirante Jurien de la Gravière, con que ya amenazaba M. de Saligny al general Uruga en la Tejería?—N. del T.

en esta ciudad, pasando fuera del alcance de los tiros de los fuertes de Guadalupe y el Loreto, para hacerse dueño de ella y recibir las ovaciones prometidas...

No sabemos á quien dirigia esa memoria, ni si la reunió á alguno. Sin duda se decidió á guardar para sí ese trabajo, y ciertamente ha hecho bien.

La noticia del desastre de Puebla vino á sorprender al Emperador y á sus ministros, precisamente cuando consideraban al general Lorencez en México. Ya se recordará la fuerte impresión que produjo. M. Billault pasó en su elocuencia los acentos mas patrióticos para demostrar que la Francia no podia permanecer bajo el golpe de ese desastre, y que era preciso vengarlo.

A solicitud del ministro, votó el Cuerpo legislativo el envío de treinta mil hombres á las órdenes del mariscal Forey.

La campaña se había comenzado en Ruero con dos mil hombres, y al fin del año tenia la Francia cerca de cuarenta mil hombres en México! (1)

(1) Como es que habiendo dos mil hombres y viniendo luego treinta mil, habiera cerca de cuarenta mil hombres en México? La aritmética se rebeló contra estos asertos, cuando mucho, para ocultar el número de los soldados franceses que fueron derrotados en Puebla el mes de Mayo. Solamente Lorencez trajo tres mil hombres, según confiesa antes el autor. Y los del mismo autor de la Gravière, con que ya amenazaba M. de Talleyrand al general Uraga en la Tierra?—N. del T.

y á la Inglaterra, para proteger nuestros nacionales y reprimir los atentados contra la humanidad y el derecho de gentes.

Como se ve, todavía entonces se mantenía en cuidadosos secretos la candidatura de Maximiliano.

El objeto manifesto de la expedición era reprimir los atentados contra el derecho de gentes.

Después de la ex pulsión del Sr. Pacheco de México, y de la publicación del decreto de 17 de Julio sus-

CAPITULO V.

pendiendo por los años el pago de las deudas extranjeras, el presidente Juárez había enviado á Europa un personaje mexicano, el Sr. de la Fuente, con encargo de explicar á las cortes de Paris y de Madrid la conducta del gobierno republicano.

Envío del general Forey.—Sitio y toma de Puebla.

Entrada en México.—Asamblea de notables.

Regencia del Imperio.

Desde entonces había cesado toda relación entre el Sr. de la Fuente y el ministro de negocios extranjeros, y así marchaban las cosas, cuando, en el mes de Marzo de 1862, en el momento de tomar sus pasaportes para volver á México, el plenipotenciario de Juárez dirigió al Sr. de T... una nota que á pesar de su extensión no habia podido penetrar cerca de M. de Talleyrand, y que se-
veramente.

El Emperador había abierto la sesión del Cuerpo legislativo, el 27 de Enero de 1862, expresándose así respecto de México:

«No estábamos en guerra con nadie, si los procedimientos de un gobierno sin escrupulo en México no nos hubieran obligado á reunirnos á la España»